

# LOS EXPLORADORES DE PÓRTICO

*La saga de los Heechee 5*

FREDERIK POHL



*Continuación de Pórtico*

Hace mucho tiempo, quinientos mil años o así, unos nuevos vecinos se instalaron en las cercanías del sistema solar terrestre. Deseaban agradar a toda costa, en el caso de que lograran encontrar a alguien a quien agradar. De modo que un día se dejaron caer por el tercer planeta del sistema, el que actualmente conocemos como la Tierra, para ver si había alguien en casa.

No escogieron el momento más oportuno para hacer una visita. Bueno, en la Tierra había vida por doquier, de eso no cabe duda. El planeta rebosaba de vida.

Lo que no encontraron por ninguna parte fue inteligencia, aún no había hecho su aparición, sencillamente.

## PRIMERA PARTE

### LA VISITA

Hace mucho tiempo, quinientos mil años o así, unos nuevos vecinos se instalaron en las cercanías del sistema solar terrestre. Deseaban agradar a toda costa, en el caso de que lograran encontrar a alguien a quien agradar. De modo que un día se dejaron caer por el tercer planeta del sistema, el que actualmente conocemos como la Tierra, para ver si había alguien en casa.

No escogieron el momento más oportuno para hacer una visita. Bueno, en la Tierra había vida por doquier, de eso no cabe duda. El planeta rebosaba vida. Había osos cavernícolas y tigres dientes de sable, animales parecidos a elefantes y otros similares a ciervos. Había serpientes, peces, pájaros y cocodrilos, así como gérmenes nocivos y carroñeros. También encontraron bosques, sabanas y todo tipo de vegetación. Sin embargo, saltaba a la vista que algo faltaba en aquel catálogo de vida terrestre; una auténtica lástima, pues era la única cualidad que los visitantes deseaban hallar a toda costa.

Lo que no encontraron por ninguna parte fue inteligencia. Aún no había hecho su aparición, sencillamente.

La buscaron a conciencia. Lo más semejante a un ser dotado de aquel tesoro singular fue un animalillo peludo que no conocía el lenguaje, el fuego ni las instituciones sociales, pero que al menos poseía algunas habilidades prometedoras. (Por ejemplo, se las ingeniaba para fabricar herramientas machacando una piedra cualquiera). Cuando

aparecieron los seres humanos modernos y la evolución empezó a enraizar, aquel género humano fue bautizado como *Australopithecus*. Los visitantes no lo llamaron de ninguna forma, sino que se limitaron a considerarlo un nuevo fracaso de su exploración espacial en busca de compañía civilizada.

Los animalillos no eran muy altos (más o menos del tamaño de un niño de seis años actual), pero los visitantes no se lo echaron en cara. No tenían seres humanos modernos para comparar, y de todas formas, ellos tampoco destacaban por su estatura.

Corría el incierto Pleistoceno, la época en que el hielo avanzaba y se retiraba en zonas de Europa y Norteamérica, los ciclos lluviosos sucedían a las sequías en África, y la capacidad de adaptación era crucial para la supervivencia de las especies. En el momento de la visita, el paraje donde encontraron aquella tribu de animalillos era una sabana ondulada y árida, cubierta de hierbajos y alguna que otra flor silvestre. Los australopitecos habían acampado en un prado, a orillas de una corriente tranquila y pequeña que desembocaba en un enorme lago salado situado a pocos kilómetros de allí. Al oeste se extendía una cordillera hasta perderse de vista en el horizonte. Las montañas más cercanas despedían un ligero vapor. Todos los montes eran volcanes, aunque, lógicamente, los australopitecos no tenían ni idea de lo que era un volcán. Conocían el fuego, eso sí, habían alcanzado ese grado de sofisticación tecnológica, o como mínimo contaban con él la mayor parte del tiempo, cuando los rayos prendían la hierba (o incluso cuando algo de lava procedente de una erupción incendiaba algún objeto cercano, aunque, afortunadamente para la tranquilidad de aquellos hombrecillos, la cosa no sucedía a menudo). El fuego no les servía de mucho. Por ejemplo, aún no habían considerado la posibilidad de usarlo para cocinar. Les parecía útil para mantener alejados a los grandes depredadores nocturnos, lo que lograban de vez en cuando.

De día se las arreglaban bastante bien. Empuñaban «hachas de mano» de piedra (no muy trabajadas, apenas unas piedras desbastadas que recordaban a una almeja gorda) y unos garrotes de aspecto aún menos imponente: eran los huesos de la pata trasera de los venados parecidos a ciervos que solían comer. Aquellas armas jamás detendrían a un tigre dientes de sable. Sin embargo, unas cuantas, blandidas por un puñado de aquellos hombres mono chillones, normalmente lograban ahuyentar a las hienas, el depredador más feroz de la sabana, sobre todo si primero los hombrecillos habían espantado a la manada arrojándole piedras a cierta distancia. Por lo general no conseguían matar a las hienas, pero la mayor parte de las veces lograban convencer a los animales de que aprovecharían mejor el tiempo atacando a presas más indefensas.

Los hombrecillos se habían resignado a que un carnívoro les arrebatase un bebé de vez en cuando, claro, o algún que otro anciano, cuya vida de todos modos empezaba a peligrar por falta de dientes. Podían permitirselo. Casi nunca perdían a nadie importante para el bienestar de la tribu, excepto cuando salían de caza, como es natural. Pero no les quedaba más remedio que aceptar los riesgos de la cacería. Tenían que cazar para comer.

Aunque los australopitecos eran pequeños, poseían una fuerza considerable. Solían tener buenas panzas, pero sus glúteos no alcanzaban grandes proporciones. Ni siquiera las hembras exhibían unas caderas dignas de mención. Sus caras no recordaban mucho al rostro humano: barbilla insignificante, nariz ancha, orejas diminutas medio ocultas por el pelaje de la cabeza (aún no se podía hablar de pelo). En el cráneo de un australopiteco medio no había espacio para mucho cerebro. Si se hubieran vertido en una jarra de cerveza de medio litro los sesos que contenía aquel cráneo exiguo, seguramente apenas la habrían desbordado.

Por supuesto, ningún bebedor de cerveza actual haría algo así, pero uno de aquellos hombrecillos peludos lo ha-

bría hecho encantado. En su dieta, los sesos constituían una exquisitez. Incluso los del prójimo.

Los visitantes no prestaron mucha atención a los hábitos alimentarios de aquellos seres peludos. Sin embargo, las criaturas poseían una característica anatómica que les pareció muy singular, una cosa muy graciosa con connotaciones sexuales. Al igual que los visitantes, los australopitecos eran bípedos, pero a diferencia de los visitantes tenían las piernas tan juntas que literalmente se frotaban los muslos al caminar. Los visitantes pensaron que, al menos para los machos, aquello debía de suponer un auténtico problema, pues los órganos sexuales masculinos colgaban entre los muslos.

(Algunos cientos de miles de años más tarde, los habitantes más importantes de la Tierra, los humanos, se harían preguntas parecidas acerca de aquellos remotos visitantes... y tampoco ellos sabrían responderlas).

Así que los visitantes del espacio dedicaron un tiempo a observar a las criaturillas peludas. Después se chirriaron su desilusión mutuamente, regresaron a sus naves espaciales y se alejaron desanimados.

La visita no había sido del todo inútil. Cualquier planeta que albergara alguna clase de vida constituía una joya singular en la galaxia. No obstante, confiaban en encontrar algo más sofisticado: alguien a quien conocer y con quien entablar amistad, gente para charlar e intercambiar puntos de vista. Estaba claro que aquellos animalillos peludos no reunían las condiciones necesarias. Sin embargo, no se limitaron a dejarlos tal cual. Los visitantes habían aprendido, por amarga experiencia, que las especies mínimamente prometedoras podían extinguirse con mucha facilidad, o tomar un giro equivocado en algún momento del proceso evolutivo y malograr las esperanzas. Por si las moscas, tenían la costumbre de instalar una especie de... llamémoslo «zoológico». De modo que al marchar se llevaron unos cuantos australopitecos en las naves espaciales. Dejaron a

los animalillos en un lugar seguro con la esperanza de que finalmente llegaran a algo. A continuación partieron.

Pasó el tiempo... mucho tiempo.

Los australopitecos no prosperaron en la Tierra. Después aparecieron sus parientes cercanos: el género *Homo*, más conocido como tú y yo y todos nuestros amigos. Las gentes del género *Homo* se desarrollaron mucho mejor. De hecho, en el transcurso de unos quinientos mil años hicieron realidad casi todas las esperanzas que los visitantes habían depositado en los australopitecos.

A aquellos «humanos», como se autodenominaban, se les daba muy bien el inventar. Con el paso de las eras crearon un montón de cosas ingeniosas: la rueda, la agricultura, los animales de tiro, las ciudades, la palanca, los veleros y el motor de combustión interna, las tarjetas de crédito, el radar y las naves espaciales. No lo inventaron todo a la vez, claro está. Además, no todos sus inventos jugaron enteramente a su favor, porque durante el proceso crearon también porras y espadas, arcos y catapultas, cañones y misiles nucleares. Aquellos humanos eran especialistas en ponerlo todo patas arriba. Por ejemplo, muchos de sus inventos, que en principio parecían de gran utilidad, a la hora de la verdad actuaban de un modo muy distinto. Tal era el caso de los chismes «para mantener la paz», ninguno de los cuales mantenía paz alguna. En cuanto a la «medicina», tres cuartos de lo mismo. Aquello que llamaban medicina hizo su aparición bastante pronto, pero en realidad lo que inventaron fue la práctica de hacer todo tipo de atrocidades a la gente que tenía la mala suerte de ponerse enferma. Al parecer, hacían todo aquello para que el enfermo mejorase, pero muy a menudo lograban el efecto contrario. En el mejor de los casos, no servía de nada. El hombre que se estaba muriendo de malaria tal vez agradeciese que el médico de la zona se pusiera una máscara diabólica y bailase alrededor de la cama, pero moría de todas formas. Para cuando la medicina humana progresó tanto como para que las

posibilidades de curación de un enfermo fueran mayores con un médico que sin él —lo que requirió 499.900 de esos 500.000 años—, los humanos se las habían ingeniado para encontrar sistemas más eficaces de fastidiar las cosas. Habían inventado el dinero. La medicina humana se convirtió en un buen método para curar muchas enfermedades, pero a la raza humana le resultaba cada vez más difícil conseguir el dinero para costársela.

Casi al mismo tiempo, los humanos que vivían en aquel planeta pequeño y verde llamado Tierra alcanzaron tal grado de desarrollo que por primera vez les fue posible largarse del mismo. Había empezado la era de la exploración espacial humana.

En cierto sentido fue una coincidencia afortunada. Por fin los seres humanos podían lanzar naves al espacio, y quizás hubiese llegado el momento de plantearse en serio la idea de abandonar el planeta. La Tierra era un lugar fantástico para vivir si se era rico, pero horroroso si se era pobre.

Como ya sabemos, las gentes que pasaron por allí en la época de los australopitecos habían desaparecido hacía mucho tiempo.

Durante su búsqueda anhelante de otra raza inteligente con la que charlar, habían inspeccionado más de la mitad de la galaxia. La verdad es que su esfuerzo se vio recompensado, o casi recompensado. Encontraron unas cuantas especies prometedoras; bueno, al menos tan prometedoras como los pobres y bobos australopitecos.

Probablemente, la raza más parecida a lo que estaban buscando fue la que denominaron los «nadadores lentos». Aquellas personas (no, no se parecían en nada a las personas, pero en justicia eran eso, más o menos) vivían en la atmósfera líquido-gaseosa de un planeta viscoso. Los Nadadores Lentos, al menos, habían desarrollado un lenguaje. De hecho, cantaban unas canciones preciosas e intermina-



bles en su lengua. Los visitantes acabaron por desentrañarla, al menos lo suficiente para comprenderla. En el mundo de los Nadadores Lentos había incluso ciudades, o algo que se le parecía. En realidad había domicilios y estructuras públicas que flotaban en el caldo viscoso en que vivían. Hablar con los Nadadores Lentos no era muy divertido, sobre todo porque se lo tomaban todo con una calma increíble. Quien intentara hablar con ellos tenía que esperar una semana para que pronunciasen una palabra, un año para que acabasen el compás de una canción y un par de vidas, por lo menos, para mantener una auténtica conversación. No era culpa suya. Vivían a tan bajas temperaturas que todos sus actos eran infinitamente más lentos que las acciones de los seres de sangre caliente, que respiran oxígeno, como los humanos o los mismos visitantes del espacio.

Después, los visitantes encontraron algo más... totalmente distinto, además de terrorífico. Tras eso, dejaron de buscar.

Cuando los seres humanos viajaron al espacio tuvieron sus prioridades, que no coincidían exactamente con las de sus antiguos visitantes. En realidad los humanos no estaban buscando otras razas inteligentes, al menos no del mismo modo. Hacía mucho tiempo que los telescopios humanos y los cohetes radar les habían informado de que no iban a encontrar extraterrestres inteligentes, al menos en su sistema solar, y tenían pocas esperanzas de llegar más lejos.

Los humanos podrían haber buscado a sus remotos visitantes si hubieran sospechado de su existencia, pero, claro está, no la sospechaban.

Quizás el hallazgo de otra raza inteligente dependa más de la suerte que de la voluntad. Cuando los seres humanos llegaron al planeta Venus, no les pareció muy prometedor. Los primeros que lo miraron —no lo vieron, pues nadie alcanzaba a ver demasiado a través de aquel aire denso y tur-

bio— se limitaron a girar en órbita alrededor de él, tanteando las características de la superficie con el radar. El examen no resultó muy alentador. Sin duda, cuando los primeros cohetes humanos aterrizaron junto al Rift Valley de Afrodita Terra y las primeras partidas empezaron a explorar la inhóspita superficie de Venus, no tenían ninguna esperanza de encontrar vida allí.

Y no la encontraron, desde luego. Sin embargo, más tarde, en una zona de Venus llamada Aino Planitia, un geólogo hizo un descubrimiento. Había una fisura —podríamos llamarla túnel, aunque a primera vista pensaron que se trataba de una burbuja de lava— bajo la superficie del planeta; era larga y regular... y allí no pintaba nada.

Los exploradores, inesperadamente, habían encontrado los primeros indicios de una visita que se había producido hacía medio millón de años...

# SEGUNDA PARTE LOS MERCADERES DE VENUS

## 1

Me llamo Audee Walthers, trabajo de taxista aéreo, vivo en Venus, en el Huso o en una choza Heechee la mayor parte del tiempo. El resto, en el primer sitio que pillo cuando me entra sueño.

Hasta los veinticinco años viví en la Tierra, en Amarillo Central. Mi padre fue vicegobernador de Tejas. Murió cuando yo aún estaba en la universidad, pero me dejó bastante en fideicomiso como para que terminara los estudios, me sacara un máster de empresariales y pasara el examen oficial para funcionario. De modo que estaba colocado de por vida, o eso habría pensado la mayoría de la gente.

Tras intentarlo unos cuantos años, descubrí una cosa: no me gustaba la vida que me había sido destinada, y no por las razones que todo el mundo habría supuesto. Amarillo Central no estaba mal. No me importa llevar traje anticontaminación, puedo soportar a los vecinos, aunque haya ochocientos en algo más de un kilómetro cuadrado, aguanto el ruido, sé defenderme de las pandillas juveniles. No, no era Tejas lo que me agobiaba sino el rumbo que tomaba mi vida en Tejas y, ya puestos, el que habría tomado en cualquier otro lugar de la Tierra.

De modo que me largué.

Vendí mi carnet de trabajador de la UOPWA a una mujer que tuvo que hipotecar el piso de sus padres para pagarlo; yo hipotequé la renta acumulada de mi fideicomiso, saqué del banco el poco dinero que tenía ahorrado... y compré un billete de ida a Venus.

Aquella decisión no era nada del otro mundo. Todos los muchachos deciden que harán lo mismo cuando sean mayores. La diferencia es que yo lo hice.

Supongo que si hubiera tenido dinero de verdad a mi alcance, las cosas habrían sido distintas. Si mi padre hubiera sido gobernador de pleno derecho, con acceso a sobornos y donaciones, en lugar de ser un simple funcionario... Si el fideicomiso que me legó hubiese incluido el Certificado Médico Completo... Si yo hubiera estado en el pico del montón en lugar de encontrarme atascado en el medio, agobiado, estrujado por todas partes...

No fue así, de modo que tomé la ruta de los pioneros e intenté ganarme la vida sacándoles la pasta a los turistas terrestres en el Huso, el paraje principal de Venus.

Todo el mundo ha visto fotografías del Huso, como las ha visto del Coliseo y de las cataratas del Niágara. La diferencia es que el Huso sólo se puede ver desde dentro. Está situado bajo la superficie de Venus, en un lugar llamado Alfa Regio.

El Huso, como todas las cosas que merecen la pena en Venus, es un legado de los Heechees. Nadie ha logrado adivinar qué pretendían exactamente éstos cuando construyeron una cámara subterránea de trescientos metros de largo en forma de huso, pero ahí estaba. De modo que la utilizábamos. Era lo más parecido que había en Venus a Times Square o a los Campos Elíseos. Todos los turistas Terry pasaban por el Huso antes que nada, así que era allí donde empezábamos a desplumarlos.

Mi negocio de taxista aéreo es legal dentro de lo que cabe, comparado con otros negocios turísticos de Venus; al menos si no tenemos en cuenta que en realidad no hay mucho que ver en el planeta, aparte de lo que los Heechees dejaron allí, bajo la superficie. Los demás timos turísticos del Huso son bastante chuscos. A los Terry no parece importarles, aunque sin duda saben que los están enredando. Se cargan de molinillos de oraciones Heechees y de cabezas de muñecas, y de esos pisapapeles transparentes de plástico con un globo de Venus con curvas de nivel nadando en una especie de tormenta de nieve rojiza cuyos copos

son diamantes de sangre, perlas de fuego y cenizas color ala de mosca, todo de pega. Ninguno de los recuerdos vale el impuesto por su transporte a la Tierra, pero a un turista que puede pagar el precio de un pasaje interplanetario no creo que le importe. A la gente como yo, que apenas estamos en condiciones de pagar el precio de nada, los timos turísticos nos importan mucho. Vivimos de ellos.

No quiero decir que les saquemos el dinero para extras. Me refiero a que gracias a ellos podemos pagar lo que cuesta la comida y el dormir, y si no podemos pagarlo, morimos.

No hay muchos sistemas legales de ganar dinero en Venus. Está el ejército, si es que se le puede llamar legal. El resto se basa en el turismo y en la suerte del bobo. Las posibilidades de topar con la suerte del bobo —ya sabéis, como ganar a la lotería, hacer un gran descubrimiento en los yacimientos Heechees o dar con un trabajo bien pagado en una de las expediciones científicas— son muy escasas. Para conseguir el pan y la mantequilla, casi toda la gente que vive en Venus depende de los turistas Terry, y si no los exprimimos al máximo lo tenemos claro.

Hay tres tipos de turistas. La diferencia entre ellos reside en la mecánica celeste.

La clase III es la más harapienta y fugaz. En la Tierra son gente bien, a secas. Los de la clase III acuden a Venus cada veintiséis meses, en fase de órbita Hohmann, aprovechando el mínimo circuito energético desde la Tierra. Debido a las ventanas del momento crítico de las órbitas Hohmann, nunca pueden quedarse en Venus más de tres semanas. Así que aparecen en viajes organizados, decididos a sacar el máximo partido de los doscientos cincuenta mil dólares —la tarifa mínima de una cabina— que sus abuelos ricos les han dado como regalo al graduarse, o que han ahorrado para una segunda luna de miel, o lo que sea. Lo malo es que normalmente no llevan mucho dinero para gastos, porque se lo han pulido todo en el viaje. Y lo bueno es que

son muchos. Durante la estancia de las naves turísticas, todas las habitaciones de alquiler de Venus están ocupadas. A veces seis parejas comparten un único cubículo dividido, dos parejas por tanda, calentando la cama en turnos de ocho horas seguidas. Entonces la gente como yo se refugia en cabañas Heechees, en la superficie, y alquila sus habitaciones subterráneas. Con suerte se gana dinero suficiente para vivir unos cuantos meses.

Sin embargo, los de la clase III no dan para subsistir hasta la siguiente órbita Hohmann, así que cuando llegan los turistas de la clase II nos los disputamos con uñas y dientes.

Los de la clase II son más o menos ricos, lo que podríamos llamar millonarios pobres, gente cuya renta anual se sitúa al principio de las siete cifras. Pueden permitirse venir en órbitas de alto consumo energético, un viaje que dura unos cien días, en lugar de aprovechar la larga y lenta deriva Hohmann. El precio asciende a un millón de dólares como mínimo, así que no abundan los turistas de la clase II, ni mucho menos. Pese a todo, casi cada mes se dejan caer unos cuantos, cuando las conjunciones orbitales son mínimamente favorables. Además, cuando llegan a Venus tienen dinero para gastar. Lo mismo sucede con otros turistas de la clase II, también bastante ricos, que esperan las cuatro o cinco ocasiones en una década en que la balística de los planetas propicia una configuración de baja energía que les permite alcanzar tres planetas mediante una órbita cuyo coste energético no es mucho mayor que el del viaje directo de la Tierra a Venus. Si tenemos suerte, primero vienen a Venus y después continúan hacia Marte (¡como si en Marte hubiera algo que hacer!). En caso de que viajen en sentido contrario, nos llegan las sobras de las colonias marcianas. Mal asunto, porque las sobras nunca son gran cosa.

En cambio, los ricos de verdad... ¡Ah, los ricos de verdad! ¡La clase I es una maravilla! Vienen cuando quieren, estemos en fase orbital o no, y éstos sí que gastan.